



LA PROFESORA

Matthew Maxwell



La lengua que el hidralisco le pasó por la mano tenía un tacto suave y resbaladizo. Innumerables músculos se tensaron y deslizaron en una oleada, funcionando como uno solo. Igual que el Enjambre, pensó la Dra. Loew. Innumerables criaturas unidas por una sola voluntad, convertidas en un solo organismo.

La punta envolvió el trozo de carne que ella sostenía sin fuerza entre sus dedos pálidos.

—Con cuidado —dijo ella calmadamente, con autoridad.

La lengua tiró como un pez atrapado en un sedal.

El hidralisco resopló por los espiráculos de sus mejillas y tiró de nuevo.

En la galería de observación no podían estar más aburridos. El grupo de científicos y ministros estaba distraído, pensando en otra cosa, lo que fuera, en vez del espectáculo que se les ofrecía. En lugar de estar atónitos ante el hecho de que la Dra. Loew jugara al tira y afloja con un monstruo, hacían una lista mental de las quejas que luego expresarían.

—El hidralisco —recitó—, fue obligado a evolucionar por la Supermente zerg a partir de los perezosos, según los documentos protoss que hemos obtenido. Los perezosos son más conocidos como “orugas vaca” y en poco se parecen a sus temibles descendientes. —Entre científicos y funcionarios del gobierno era posible hablar de esto; para el público general, todo lo que fuera alienígena era de temer y se tenía que informar de ello a las autoridades del Dominio.

—Quieto —ordenó.

Loew miró decidida al ojo rojo de la criatura. Aquella cosa era enorme, casi el doble de alta que Loew. Solo tenía su voz para mantener el control, ni siquiera el collar psiónico que había necesitado al principio del entrenamiento.

La doctora prosiguió, imprimiendo un cierto tono urgente para combatir el desinterés creciente entre el público. —Armado con afiladas hojas de guadaña en las extremidades anteriores y protegido por una serie de placas blindadas, el hidralisco es un luchador extraordinario en distancias cortas.

—Atrás —ordenó, hablando desde el diafragma.

La lengua se soltó y retrocedió laxa. El monstruo desplazó su peso hacia atrás. El hidralisco, más que ninguna otra criatura, simbolizaba el poder de todo el Enjambre zerg, conocido y temido incluso por quienes nunca habían visto uno en persona. Por todo el mundo, al parecer, menos por estos espectadores, molestos por tener que estar allí.

—El hidralisco es también una amenaza a distancia —entonó—. Puede lanzar espinas orgánicas a velocidades de vértigo y perforar una coraza de neoacero a medio kilómetro. —Tampoco es que ningún civil fuera a querer estar tan cerca de uno, y mucho menos acercarse lo suficiente para tocarlo.

Los ojos de la doctora pasaron de nuevo del público al hidralisco. —Sujeta.

Sonrió y finalizó la lección, con la criatura obedeciéndola únicamente por su voz y su determinación. —A los hidraliscos solo se acercarán soldados entrenados, preferiblemente con un fuerte apoyo blindado.

Hizo una pausa y volvió su sonrisa hacia la criatura.

—Buen chico. Buen chico, Dennis. Muy bien.

Odiaba ponerse firme con él, pero era necesario. Incluso domesticado, era peligroso por su corpulencia.

Dennis cogió la carne suavemente, con sus dientes rozándole apenas la piel a la doctora, un recordatorio de que seguían ahí y de que eran muy afilados.

Momentos después, Dennis yacía relajado e inmóvil sobre una enorme mesa de acero en el centro de la sala de demostraciones. Últimamente, los intereses del Dominio habían pasado de los planes para controlar a los zerg a una supresión o exterminación más directa de nidos residuales. La escasa asistencia sugería que su trabajo ya había sido desestimado, por más impresionante que hubiera sido la demostración.

—Como han visto, este hidralisco adulto está totalmente apaciguado sin el uso de drogas, que requieren una administración constante y un control preciso de las dosis.

La criatura permaneció quieta mientras unos dedos quirúrgicos le quitaban la placa de metal del cráneo. Una sonda con cámara descendió cual araña y se centró en el puerto de acceso. —En sus pantallas pueden ver imágenes de una estructura orgánica que ha crecido en la masa encefálica del sujeto, un lóbulo terciario.

Se oyó una tos seca por toda respuesta. Alguien encendió un puro.

—El propósito de este lóbulo es doble...

—Este... lóbulo —interrumpió una voz glacial procedente de la galería a oscuras—. ¿Tiene que operar a cada zerg que recibe uno?

Vio una cara solitaria iluminada desde abajo por el fulgor azul de una consola remota; un rostro cuadrado y algo más que un poco flácido, viejo, bien alimentado y un tanto

demasiado acostumbrado a conseguir lo que quería. La punta de su puro brilló con un vivo tono anaranjado.

—¿Disculpe? —Loew frunció el ceño con una expresión que combinaba enfado e incredulidad.

—¿Tiene que sedar a cada uno de esos cabrones viscosos que quiere controlar? Porque si es así, estoy malgastando el tiempo del emperador.

—Eso... eso sería imposible —dijo ella—. Hay muchísimos zerg...

—¿Entonces cómo funciona? —No estaba enfadado. Actuaba como si el trabajo de la doctora no mereciera ni eso.

—Usamos un OPP: organismo priónico patógeno. El OPP infecta al hidralisco y “engaña” genéticamente al anfitrión para que desarrolle un nuevo lóbulo cerebral. Este lóbulo permite que mi sistema lo controle externamente. Está todo explicado en el...

—Bobadas —dijo él desdeñoso—. Una auténtica bobada. Eso es una quimera que el DUT intentó hacer realidad con el proyecto Bandera negra. Casi morimos todos. Tal vez usted estaba demasiado enfrascada en sus libros para darse cuenta.

—No son bobadas. Bandera negra estaba mal planteado.

Frustrada, la doctora dejó caer su consola remota sobre la mesa de acero. —El DUT intentó forzar un nuevo esquema de control de arriba a abajo en organismos que han evolucionado para seguir a los controladores de su propia colmena durante tal vez millones de años. Este problema requiere un enfoque totalmente distinto.

—Yo he propuesto una solución de abajo a arriba, abordando a los zerg donde más débiles son: a nivel individual.

Su irritación le hizo descuidar los modales. —Se lo explicaré de un modo que hasta usted pueda entenderlo.

La punta del puro brilló sobre ella a modo de hosca respuesta.

Sus dedos bailaron sobre la consola, y el monstruo se salió de la mesa. No con un espasmo involuntario, sino con un movimiento suave y fluido, repulsivamente grácil.

—No hará caso a su reina. ¡Pero hará lo que yo le diga!

Dennis se colocó suavemente en cuclillas junto a la Dra. Loew, empedañada a su lado. Con los brazos retraídos por el momento, aguardaba en una postura de ataque.

La gente de la galería miraba fijamente la exhibición en un clamor de sombras. El interrogador siguió en su asiento y aspiró su humo.

La doctora introdujo un código de mando en la consola.

Dennis se tensó. Sus brazos se movieron de repente hacia atrás: estaba listo para saltar.

—Dra. Loew, ya nos hemos...

—¡Las preguntas luego! —espetó ella.

El movimiento fue más rápido de lo que cualquier ojo podría haber seguido. Dennis dejó una estela de piel ocre y brillante al saltar desde el suelo del quirófano a la ventana de observación al otro lado de la sala.

Golpeó la ventana con la fuerza de un camión. Unas hojas guadaña huesudas arañaron frenéticamente la barrera. Luego Dennis retrocedió y embistió de nuevo el cristal, resquebrajándolo.

Hubo gritos entre el público. Ni preguntas ni reprimendas. Solo gritos. Tal vez ahora entenderían hasta qué punto llegaba su control.

—Abatan al objetivo —dijo el interrogador sin dirigirse a nadie en particular.

Detrás de ella se oyó un ruido de botas metálicas avanzar por el suelo de baldosas. Cuatro soldados irrumpieron en la sala de demostraciones, con las armas a punto desde el instante en que cruzaron la puerta. Dennis habría muerto antes de que ella se hubiera girado a verlos.

—¡No! —chilló Loew, descartada toda ilusión de control—. ¡Destruirán años de investigación! —exclamó, pero no se puso en la línea de fuego.

—Haga que pare —dijo la voz.

Ella asintió en silencio mientras introducía un comando.

Separándose con los brazos, Dennis saltó hacia atrás y se posó con un ruido carnosos. Rodó hacia atrás y se situó junto a Loew en posición de descanso.

Desde arriba llegaba un murmullo furtivo de pantalones y chaquetas frotándose unos con otros. Una puerta de salida se cerró con un golpe.

—Muy oportunos, chicos —dijo él.

Los soldados no bajaron sus armas.

La Dra. Loew, agotada, intentaba disimular su respiración acelerada para recuperar cierta apariencia de compostura. Había recobrado el control de la demostración para luego perder el autocontrol.

—No le habría hecho daño —dijo—. Era una demostración. Mire.

Se sacó una sonda quirúrgica de la bata y señaló el orificio que aún estaba abierto en la cabeza de Dennis.

—Podría hacerle puré los sesos y ni se inmutaría. —Mantuvo la posición, casi tocando el cerebro descubierto con la sonda.

Alejó el instrumento y le dio la espalda a la criatura. Otra instrucción en la consola y Dennis se relajó por completo, desprovisto de energía e ímpetu, desinflado.

—Ya no es una amenaza para ninguno de nosotros, a menos que se le ordene.

El puro del interrogador titiló y se movió en la oscuridad. —Ya he visto suficiente. Llévase a su mascota y dé a mis ayudantes tiempo para que se pongan ropa limpia. —El fulgor naranja se encendió con una fuerte calada—. Luego hablaremos.

Se llamaba Garr, e iba vestido de militar. Loew no distinguía si era de los que simplemente iban disfrazados de tales, como la mayoría de ministros y consejeros a los que había conocido.

La adrenalina por la demostración se había esfumado ya, y ahora se sentía pequeña y no poco avergonzada por su actuación. En cuestión de nada había pasado de ser el último mono a la reina del desprecio, y luego a estar de nuevo suplicando por la vida de Dennis.

Fue ella quien rompió el silencio. —Por ahora hemos logrado domesticar hidraliscos. El OPP parece particularmente adaptado a esa especie base.

—¿Así que escogió los hidraliscos porque eran fáciles de domesticar?

—Soy pragmática.

—¿Y no porque sean una fuerza indispensable y muy versátil para los zerg?

Ella hizo una pausa, con aspecto de que aquello no hubiera entrado siquiera en sus planes.

Garr suspiró. —Puede hacer más, ¿no?

—Sí, todo lo que podamos capturar e infectar. Los zerg domesticados llevan el patógeno y lo transmiten a nuevos reclutas.

Garr echó humo por la comisura de los labios.

—¿Hay un plan de contingencia? ¿Qué pasa cuando no siguen órdenes?

—Eso es imposible tras una infección exitosa con un OPP —dijo ella quitándole importancia con un ademán.

—Parece tremendamente segura.

—El sistema tiene varias medidas preventivas. Una integridad constante en la señal y normas sobre reacciones. Además hay un mecanismo de seguridad llamado Somnus. Cuando Somnus está activado, el lóbulo parasítico del cerebro emite un torrente de señales neuronales irreconciliables que producen la muerte en unos segundos.

Garr se puso a meditar, observando a los zerg marchar en una suerte de formación militar en las pantallas del despacho.

—Necesitará una instalación más grande —dijo—. Y más recursos.

—El programa piloto ha tenido éxito, y con el tiempo...

—Tonterías —interrumpió él con tanta naturalidad como respiraba—. Harris, ¿cómo va nuestro hueco? ¿Está disponible Su Majestad Imperial?

Su ayudante acudió al instante, parándose en la entrada. —Nos han concedido un minuto de teleaudiencia.

—Muy bien. —Garr se giró hacia la Dra. Loew y la señaló—. El emperador Arcturus Mengsk va a hablar con usted —dijo, como si ella fuera a hablar con el mismísimo Creador—. No se dirija a él a menos que él se dirija a usted. Responderá a cualquier pregunta de forma directa y sucinta. No malgaste el tiempo del emperador.

Loew se sintió mareada. Creía que recibiría la atención de un viceministro de ciencia como mucho. No podía articular palabra.

—Cálmese, Dra. Loew —dijo Garr tranquilizándola con tal indolencia que perdía su efecto—. El emperador solo castiga el fracaso.

La insignia del Dominio apareció fugazmente como un brillo carmesí en la pantalla, con las palabras **TRANSMISIÓN SEGURA** escritas en negrita en la parte inferior.

Garr miró directamente al sello con deferencia.

Loew casi dio un grito ahogado al ver en pantalla el rostro barbudo. Lo había visto miles de veces en el dinero y en paneles holográficos de la calle, en todas las transmisiones del Dominio. Pero nunca así: atento pero relajado, al mando pero sin mostrarse autoritario.

—Coronel Garr —dijo el emperador con el mismo tono cortante e impaciente que Garr había usado con Loew—. Explíqueme este tal “Proyecto Doma”.

—Me han convencido de su viabilidad, Su Majestad Imperial, tanto para aplicaciones internas como externas. —La respuesta de Garr era de satisfacción contenida, positivo pero sin ser demasiado efusivo.

—Mmm. —Mengsk parecía estar mirando algo que quedaba justo fuera de pantalla—. Control absoluto. Y la privará a ella de sus fuerzas principales. —Sonrió ante alguna idea, con unos dientes menos blancos de lo que la Dra. Loew había esperado. Mengsk alzó de nuevo la mirada, centrándola ahora en ella, como si le hubiera estado leyendo el pensamiento.

—Dra. Sandra Loew —dijo a modo de introducción.

—¿Sí?

Garr le dio un leve golpecito en el zapato con la suela de su bota.

—¿Sí, Su Majestad Imperial? —corrigió.

—Estamos muy impresionados con el potencial de su trabajo —dijo Mengsk en un tono aparentemente sincero, antes de ir al grano—. Dígame: ¿puede el Proyecto Doma hacer que la Reina de Espadas deje de ser una amenaza externa?

La Dra. Loew titubeó. Mengsk no había mencionado el Enjambre. Solo a Kerrigan. Era una idea sobrecogedora. Ella había pensado en nidos, incluso colmenas. Pero ¿la mismísima reina?

Aunque por otro lado, ¿por qué no? Solo tenía que descifrar el código para fabricar transmisores de OPP para las demás especies. Y eso era solo cuestión de tiempo. El resto del Enjambre caería enseguida.

—Su Majestad Imperial, si mi sistema se implementa como es debido, ya no habrá una amenaza zerg, sino más bien un Enjambre bajo control del Dominio.

Mengsk sonrió con frialdad. —Separe la cabeza del cuerpo y me daré por satisfecho. — Su voz delataba una cicatriz sin cerrar en su interior, aún reciente y viva.

Entonces sus ojos se posaron directamente en ella, con un gris ardiente.

—Se ha ganado mi apoyo. No lo desperdicie —avisó. Su atención se desvió de forma repentina a Garr—. Coronel Garr: primero los resultados; los balances después.

—Según su voluntad, Su Majestad Imperial. —La voz de Garr era reconfortante y aterciopelada.

Mengsk apartó la mirada por un instante, y la transmisión finalizó sin más.

—Bien —dijo Garr irguiéndose—. Aparte de su horrible protocolo.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó la Dra. Loew, con la cabeza dándole vueltas—. ¿Cuándo comenzamos?

Garr se rió. —Hace diez minutos. Se han acelerado las solicitudes según las auditorías de su programa. Tendrá usted todo el apoyo del Dominio. Algo que no cualquier xenobiólogo puede decir.

La Dra. Loew se hinchó de orgullo. Lo había conseguido. Su trabajo estaría dirigido a salvar vidas, no ya a tener que impresionar a ministros y consejeros.

—¿Solo hace diez minutos? —preguntó con un aire de superioridad que no acabó de salirle natural.

—Esa es la actitud adecuada —dijo Garr.

La consola remota de Loew emitió un tono que nunca hasta ahora había oído. Habría sido hasta bonito de no ser por su estridencia.

Los ojos se le pusieron como platos al leer el mensaje.

—¿Qué...? —articuló, con su orgullo en repentina retirada como una babosa ante la sal.

Garr ya se disponía a marcharse, echando una última mirada a las pantallas.

—¿Qué es esto? —preguntó ella—. ¿¡Las pruebas de interacción con humanos comienzan mañana!?

Garr respondió riendo tímidamente. —Siento que no pudiéramos traer voluntarios antes. ¿Será eso un problema, oh gran domadora de hidraliscos?

Ella sacudió la cabeza en silencio.

Garr cerró su maletín y salió del despacho dando grandes zancadas. La Dra. Loew lo siguió, más por reflejo que otra cosa. De todos modos tenía que supervisar la alimentación de los hidraliscos.

—Y Harris, haz que me manden también los archivos sobre Thys. Tal vez podamos conseguir al fin algo de esos traidores.

Garr y su ayudante ya estaban en otra cosa, confiados de que podían dedicar su atención a otros menesteres. Sus zapatos repiqueteaban ruidosamente y resonaban demasiado en las baldosas llenas de rayadas y en las paredes desnudas.

Cuando la doctora llegó a los rediles de los hidraliscos, casi se había autoconvencido de que las cosas seguían bajo control.

Dennis salió arrastrando los pies al oír que se abría la puerta del redil. Emitió un débil sonido, entre un resoplido y un gruñido ronroneante, que resonó en las paredes lisas.

Dennis la miró con aire expectante e hizo otro sonido, este más inquisitivo. A la doctora le pareció la única vez que alguien le había dicho por favor en todo el día.

Su consola chirrió. La sacó con curiosidad y se la puso delante de la cara. Varias pulsaciones de azul incandescente recorrían la pantalla, monitorizando la actividad mental de los zerg cautivos y domesticados. Se había producido una breve oleada de actividad, un pico que el hardware y los filtros no podían explicar.

Extendió un brazo. —Quieto, Dennis.

El hidralisco la miró con recelo mientras ella consultaba la pantalla. Loew solicitó un breve diagnóstico del sistema de monitorización. Todos los lóbulos OPP estaban activos y funcionaban con normalidad.

Dennis permaneció inmóvil durante los siguientes diez minutos mientras ella consultaba los registros de la última semana. Nada que se pareciera a ese pico. Loew iba a tener que presionar a Bayma y al resto del equipo de señales para asegurarse de que aquello era un error de transcripción y no algo que procediera de los lóbulos. Loew necesitaba más ancho de banda para los procesos de monitorización, pero ahora que el emperador pagaba las facturas no iba a ser problema.

—Vale. Hora de cenar —dijo tras introducir la última instrucción, convencida de que la anomalía no era nada que requiriera una atención inmediata. Además, había cosas mucho más importantes que atender.

Introdujo un código en la placa de la pared y se abrió una compuerta. Había una bandeja de carne en dados, producida en cubas, con vetas de grasa. La dejó en el suelo a poca distancia de ella.

—Espera —dijo con firmeza.

Dennis se agazapó, con los ojos fijos en un punto entre ella y la comida para poder seguir viéndolo todo. Temblaba ligeramente, queriendo abalanzarse pero conteniéndose.

—¡Buen chico! —dijo con más entusiasmo del necesario.

Dennis se lanzó sobre la bandeja de metal, rayándola contra el suelo de cemento mientras engullía deliberadamente, sin prisas. Los dientes le chasqueaban, haciendo un ruido de percusión por encima del chirrido.

Al menos aquí la relación era sencilla, directa. Tal vez Dennis no sintiera afecto por ella, pero entendía quién mandaba. Si tan solo todo lo demás fuera así de fácil. Dennis había sobrepasado las expectativas de todo el mundo. De todo el mundo menos de ella. La doctora sabía exactamente cómo iba a actuar. Ella era capaz de conseguirlo. En realidad ya lo había conseguido.

Todo iría bien.

El chirrido cesó y Dennis contemplaba la bandeja. La empujó con la mandíbula y sonó vacía. Quedándose en su postura agazapada, miró a la Dra. Loew con un ojo de un rojo brillante.

Ella le devolvió la mirada y sonrió. —Oh, bichito glotón. —Le dio unas suaves palmaditas en la cabeza—. No, ya es suficiente.

Dennis le soltó un bufido de queja.

—No. Ya basta. —Pero lo dijo aún con una sonrisa.

Dennis pestañeó con unas pestañas que podían repeler una bala a quemarropa.

—Vale, vale. Solo una vez más. Hoy te has portado muy bien.

Se giró para volver a llenarle la bandeja, y el hidralisco la siguió con la mirada.

—Pero solo porque lo digo yo. Tú no olvides quién manda aquí.

Dennis se comió tranquilamente la segunda ración mientras ella aguardaba.

Loew corrió para llegar al transporte que se acercaba. Al cabo de tres semanas del inicio del programa, Garr realizaba una visita sorpresa.

Mientras cruzaba el patio observó los campos de entrenamiento. Una sección de soldados apodados los "Lobos Descarriados" miraba cómo los Domesticados, encabezados por Dennis, despejaban una instalación minera simulada. Los zerg no ocupan edificios, pensó.

Garr sonrió al desembarcar bajo un sol de justicia, con el traje impoluto. —Solo quería decirle que el senado, el Mando e incluso el emperador están encantados con sus progresos. Merece ser felicitada, doctora. —Le tendió la mano expectante, la primera vez que lo había hecho por ella.

Ella se la encajó y la encontró fría y ligeramente húmeda, como si se la hubiera secado justo antes de salir del transporte.

El rostro de Garr se relajó mientras retiraba la mano y se la metía en el bolsillo. —Bien, bien. Ahora que hemos terminado con las cortesías, tenemos que discutir sobre la situación del programa.

—¿Qué situación? —preguntó ella—. Acaba de decir...

—Eso era esta mañana. Hablemos del ahora. Como por ejemplo de obtener resultados en el terreno.

—Podemos hablar de eso después de discutir por qué se está entrenando a mis hidras en tácticas urbanas.

—Su visión es limitada. Debemos hacer planes para todo tipo de eventualidades. De hecho, ya hemos encontrado un banco de pruebas adecuado.

Ella se sintió como si le hubieran quitado algo de las manos. —¿No estoy al mando de mi propio programa?

—El programa del Dominio —la corrigió hábilmente Garr—. Thys es una colonia de extracción de vespeno en la periferia que ha informado recientemente de que una fuerza zerg aislada avanza hacia la refinería principal. Según Inteligencia, los colonos no tardarán en caer. Queremos a nuestras fuerzas sobre el terreno en menos de treinta y seis horas para impedirlo.

—¿Quiere a mis Domesticados en el terreno dentro de un día y medio? ¿Contra otros zerg?

—Quiero, no: tendré. Estará usted bajo la observación de los miembros más importantes del Departamento de Xenobiología del Cuerpo de Operaciones Especiales de Investigación, así como de sus homólogos militares.

Loew quería decirle que aquello era absolutamente imposible. No logró encontrar las palabras. Simplemente habría que hacerlo.

Garr sonrió ante la ausencia de protestas. —Anímese. Esto será más que nada una operación de limpieza, con solo una posibilidad de combate sostenido.

—¿Combate sostenido?

—Los gerentes de la mina son gente... difícil. Están descontentos. Son chusma, en fin.

Aplicaciones internas, pensó ella.

—Pero son humanos —dijo Loew.

—Si sirve de algo, yo los considero traidores, Dra. Loew. Ya sabe cómo castiga el Dominio a los traidores.

Se quedó lívida. —¡Pero la razón de ser de este programa es proteger a los humanos de los zerg! Es...

—La razón de ser de este programa es redirigir a los zerg a los objetivos que nosotros elijamos. —Garr perdió todo rastro de cordialidad, pasando a sonar frío e insensible al instante—. Si los colonos de Thys la emprenden contra nosotros tras rescatarlos de los zerg, se convertirán en la siguiente prueba.

—Si usa a los Domesticados contra humanos, será usted responsable de las muertes que puedan causar. —La Dra. Loew apretó los puños con tanta fuerza que ya ni los sentía—. Mis sujetos...

—Sus sujetos son armas. Ahórreme su ingenuidad.

La rabia amenazaba con consumirla. En vez de eso, se aferró a lo único que tenía: sus progresos, su talento. Tal vez se le estaba escapando el control de las manos, pero no lo iba a soltar tan fácilmente.

—Muy bien, coronel Garr. —Su voz sonaba plana, sin resistencia o tensión. Aquel no era el momento.

—No se limite a decirlo, o pondremos a un director de proyecto que dé resultados.

La Dra. Loew asintió, sintiendo el escozor de sus propias uñas clavándosele en la palma de la mano izquierda.

—Bien. Ahora demos a nuestros enemigos algo que vayan a temer de verdad. —Se encendió un puro con un viejo mechero, lo chupó y exhaló un humo azul.

En Thys, relámpagos blancos arañaban las nubes que pendían en el aire como costras. Entre uno y otro, el cielo rezumaba rojo y rosa. El viento olía a hueso. Torres de metal vomitaban gases residuales de brillante llamarada amarilla que iluminaban las espaldas de los varios centenares de zerg enemigos que avanzaban hacia las puertas de la refinería.

La voz del sargento crujió por el intercomunicador. —Los espectros trabajarán en la negación de área. Entraremos con la cosa aún caliente.

—¿¡QUIÉN ESTÁ LISTO PARA LIARLA!?

—¡LOS LOBOS DESCARRIADOS, LISTOS PARA LIARLA! —dijeron sus hombres al unísono.

Dennis y el puñado de hidraliscos resoplaron ruidosamente en respuesta. Las rayas recién pintadas en sus cabezas reflejaban las luces interiores del transporte, ahora de un lúgubre tono anaranjado.

El transporte redujo la marcha y la escotilla de despliegue se abrió, dejando entrar el olor a cementerio de la atmósfera de Thys.

—¡VAMOS, VAMOS, VAMOS! —exclamó alguien.

Los humanos desembarcaron a la carrera y los Domesticados fueron detrás, dispersándose casi en silencio. Loew los siguió, luchando por mantener la calma, monitorizando la telemetría de los zerg y coordinando sus movimientos más destacados.

De la nada surgieron espectros del Dominio y abrieron fuego, iluminando las formaciones a distancia de los zerg enemigos. Lanzas de rojo incandescente se hundieron brillantes en la masa de criaturas, dejando a su paso hileras de caparazones quemados y chamuscados.

Las naves y los equipos terrestres habían abierto una X irregular entre la multitud zerg ante las puertas de la colonia. El ejército zerg se veía obligado a dividir sus fuerzas entre los espectros y las tropas del Dominio al avance.

Los murciélagos de fuego abrieron un perímetro desordenado de plasma ardiente y cuerpos que daban bandazos. Los hidras domesticados fueron detrás mientras el terreno estaba aún caliente, cortando, desgarrando y disparando. Arremetían contra todo lo que pudiera devolver el ataque, bloqueando su defensa a distancia. Parecía que por el momento el enemigo no reparaba en la presencia de hidraliscos que no estuvieran bajo control zerg. Era como si los Domesticados no estuvieran allí.

Curioso, pensó Loew. No había imaginado algo así.

Dennis y su grupo se giraron hacia el cielo aparentemente vacío. Varias formas aladas borrosas atravesaron las turbulentas nubes. Una oleada de mutaliscos se acercaba a toda velocidad para realizar una pasada. Los Domesticados emitieron un chillido de alarma que se oyó por encima de los disparos y el caos.

—¡Arriba! ¡Arriba! —gritó Loew.

Los Domesticados dispararon púas cuando los mutaliscos se pusieron a su alcance. Los zerg salvajes respondieron con una andanada de gujas dragón. La escena degeneró en imágenes estroboscópicas iluminadas por el fuego automático, con mutaliscos

desgarrados chocando contra el suelo y filtraciones rojas entre placas blindadas seccionadas.

—¡Espectros! ¡Unidades amistosas en tierra! ¡Solo al aire! —gritó Loew a su intercomunicador.

Con sus propulsores ululando, los espectros interrumpieron su pasada y se escoraron en ángulo cerrado para atacar a los mutaliscos, rebajando la presión sobre las líneas de tierra. Con suerte podrían atravesar las filas enemigas y separar aún más las dos aglomeraciones de zerg.

La lluvia de gujas dragón continuó martilleando el ataque del Dominio. Los zerg no seleccionaban objetivos individuales, simplemente inmovilizaban a sus enemigos mientras volvían salir en tropel para recuperar terreno. Varios de los Domesticados fueron alcanzados y perdían fluidos, disparando hasta que caían en pedazos irreconocibles. Loew contuvo la respiración ante la idea de que Dennis fuera uno de ellos. Sabía lo que se esperaba de ellos, pero saberlo no era lo mismo que verlo en persona.

—¡Loew! ¡Situación de las tropas! —berreó el sargento.

La doctora echó un vistazo a los datos. Cuántos muertos. —¡Hemos perdido muchas señales! ¡Media fuerza, tal vez!

—A los soldados se les pide morir —fue su respuesta—. ¡Que lo que quede con vida vaya al perímetro oeste a impedir que los zerg enemigos se reagrupen!

Ella quería que el asalto terminara, pero era imposible saber qué reservas tenían los zerg. Los experimentos se podían medir en cuestión de momentos, pero las batallas podían prolongarse indefinidamente. Los Domesticados no flaquearon, luchando con tal fiereza y determinación que incluso sus hermanos salvajes parecían distantes.

Empezó a despuntar lo que se consideraba el alba en Thys, un rosa tenue y pálido que se derramó sobre todas las cosas. El terreno de delante de la instalación minera estaba cubierto de innumerables cuerpos despedazados, algunos de humanos pero especialmente de zerg.

El reluciente transporte de Garr se posó suavemente ante las puertas de la colonia justo quince minutos después de que se hubiera informado de la muerte del último zerg. Un destacamento de guardias privados bajó mucho antes de que lo hiciera él, formando una barrera defensiva. Otros transportes del Dominio descendieron también, convencidos de que si Garr podía desembarcar, también ellos podían aterrizar.

La mayoría de consejeros habían optado por presentarse en traje de negocios, como si fueran a asistir a una reunión formal y no a una demostración de campo en una zona de

guerra. Sortearon delicadamente los cadáveres para no mancharse de sangre los dobladillos de los pantalones.

Garr estaba plantado en actitud marcial, con un uniforme gris bien cepillado y una insignia brillándole en el pecho como una diana. —Reúna sus tropas —fue lo único que dijo.

Los guantes de Loew estaban manchados de sangre zerg hasta los codos, ya que la doctora había intentado remendar a algunos de los heridos. Habían muerto demasiados Domesticados y aunque se había habituado a ver cómo caía cada uno de ellos, seguía sin resultar agradable.

Estaba exhausta, consumida, y solo seguía en pie porque se había trabado las piernas al ver venir a Garr. Pensó en posibles mejoras solo para darle a su cerebro algo que hacer que no fuera desconectarse. Tal vez podría dedicar algún tiempo a rediseñar el crecimiento del blindaje de los Domesticados; tal vez eso habría salvado a algunos.

—Loew. Reúna sus tropas —llegó el gruñido como de grava triturada de Garr.

Tras un instante, volvió a la realidad del campo de batalla. —¿Qué le ha parecido la demostración? —preguntó con brusquedad, sin importarle realmente lo que él pensara.

Él chupó un puro.

—Se lo diré cuando haya terminado.

Tardó un momento, pero la realidad se manifestó, se volvió evidente. —Esto es lo que usted quería desde el principio, ¿no?

—Usted llévelos allí.

Los Domesticados llegaron arrastrando los pies, sucios y desgarrados pero aún dispuestos a luchar. Estaban listos detrás de los Lobos Descarriados que quedaban, esperando órdenes. Los Lobos Descarriados iban escasos de estimulantes, decaídos en sus armaduras.

Garr se lamió los labios mientras miraba las puertas abiertas. Un humo salía lentamente de las carboneras aplastadas.

—Que comiencen su avance. Tome la instalación. Mate a cualquiera que lo impida.

—Entendido. —Los dedos de Loew danzaron por la superficie llena de rayadas y manchas de la consola remota, y luego se detuvo. Los Domesticados ofrecieron su atención tras una pequeña sacudida. Dennis observaba detenidamente un punto fijo justo delante de él.

El viento silbaba en un tono grave, maligno.

—Atacad de una vez —le dijo Garr a Loew con una voz como la de un glaciar resquebrajándose—. Y vosotros, bastardos, nos apoyaréis, o les diré que os coman...

—¡Listo! —exclamó Loew. Introdujo una secuencia de instrucciones sin mirar. Nuevos objetivos, nuevas prioridades.

Los hidraliscos se tensaron y saltaron sobre de los Lobos Descarriados, cayendo sobre los militares de carrera del Dominio y los consejeros y científicos a los que protegían.

Brazos-guadaña se hundieron en pechos y cercenaron miembros. La seda recién planchada no ofrecía protección alguna, pero tampoco una armadura de combate habría sido de ayuda.

Lágrimas rodaron por el rostro de Loew. Sabía que debería sentirse fatal, pero no era así. No iba a retirar a sus zerg. Por nada del mundo. Eran suyos. Si Garr quería usarlos contra humanos, eso es lo que iba a darle.

Los Domesticados enloquecieron, haciendo pedazos a los aturdidos guardias de Garr, que pensaban que simplemente iban a estar ahí poniendo cara de peligrosos mientras su jefe hacía su ronda. Solo un par de ellos atinaron a disparar desviado antes de que los hidraliscos los despedazaran.

Garr se quedó pálido de terror. Buscaba a tientas el arma de su cinturón cuando algo pasó a través de él con un chasquido. Quedó rebanado desde el hombro a la cadera opuesta, separándose poco a poco.

La doctora no iba a hacer parar a los zerg, pero tampoco fue capaz de mirar, y se giró antes de que se derramara más sangre. El cuerpo de Garr cayó sobre las piedras planas dando un golpazo líquido.

Los Lobos Descarriados se pusieron en guardia, pero sin estar seguros de a qué o a quién atacar. Algunos corrieron a cubrirse al oír los espasmódicos e inútiles disparos.

Al contrario que el prolongado caos de la batalla anterior, este asalto se ejecutó con una precisión rayana en lo quirúrgico. En menos de treinta segundos, los militares de carrera, consejeros y científicos del Dominio yacían muertos allí mismo, sin bajas para los Domes-ticados.

Los transportes habían cerrado sus escotillas de despliegue e intentaban escapar. Lo que se suponía que iba a ser un espectáculo se había convertido en una masacre con participación del público.

Loew dejó que las naves se fueran.

Los Lobos Descarriados habían tomado posiciones defensivas en torno a su transporte, que no había tenido tiempo de moverse. Mirando las cifras, Loew sabía que los Domesticados tenían las de ganar, pero ellos no atacaban aún.

Intentó contener las lágrimas. Garr era un monstruo y merecía lo que le había pasado. Pero no era el único monstruo; simplemente estaba al alcance. Aun así, había sido ella quien lo había matado, ¿no? Todos habían muerto por orden suya, había sido su mano la que introdujo los comandos.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó el sargento de los Lobos Descarriados—. ¿Tiene aún el...

—Sí, los controlo yo —respondió Loew—. Yo les dije que atacaran.

Dennis y los demás hidraliscos estaban listos. Las rayas amarillas de sus cabezas estaban salpicadas de sangre que ya se secaba al calor matutino. Observaban, pero no se movían.

Ella contuvo las cálidas lágrimas. —No podía dejar que se quedaran los Domesticados. No si era ese el uso que les iban a dar.

El aire se llenó de raspaduras nerviosas contra la piedra, las armas en ristre, blandidas con expectación, refulgiendo con la luz de la mañana.

Su monitor hizo un ruidito. Loew no podía apartar la mirada de los zerg ahí parados, listos para hacer lo que fuera por ella. No quería ver cómo mataban, pero iba a obligarse a verlos morir. Les debía eso.

—Lo siento mucho, Dennis. —Respiraba entrecortadamente al desplazar sus dedos por la consola—. Es la hora de Somnus —dijo como si fuera una promesa.

Activó Somnus, moviendo las manos rápidamente. Sentía ácido hervirle en la garganta cuando prendió fuego al trabajo de su vida. Pronto. Muy pronto. Se retorcerían y morirían.

Los hidraliscos siguieron en pie, relajados. Ninguna convulsión, ningún síntoma de dolencia alguna.

El monitor siguió con su gorjeo, y finalmente lo miró. Ahí estaba de nuevo aquel pico de señal. Pero ahora no era únicamente una breve anomalía. Era una pauta nueva, un sistema totalmente nuevo, desbocado e irregular.

El programa de Loew había sido eliminado. Todos los nodos desconectados. Imposible. Introdujo la secuencia de diagnóstico. El corazón le dio un vuelco en el pecho, golpeándole las costillas, a punto de salirsele.

—Dios mío —murmuró—. No están... No tengo...

El instinto de supervivencia se impuso, acallando cualquier idea de lealtad o protección hacia ellos; no había sitio para eso en su corazón. En vez de eso, recitó en silencio todas las formas como aquellas criaturas podían matarla en un abrir y cerrar de ojos. Igual que como habían muerto Garr y los demás.

—¡Disparen! ¡Mátenlos a todos! —La voz de Loew le resultó ajena a sí misma—. ¡Están sueltos!

—¡Fuego de supresión! ¡Ya! —chilló el sargento mientras levantaba el fusil y disparaba. Loew evitó por poco quedarse sin pie derecho al saltar para ponerse a cubierto. El terror dolía más de lo que le dolía el corazón, envolviéndola y tragándosela por completo.

No era el engaño lo que hacía que fuera tan horrible; era la pregunta de cuánto tiempo llevaban los zerg fingiendo estar domesticados. Loew se acurrucó bajo el tren de aterrizaje del transporte. Por el aire silbaron púas que se hundieron en el casco inferior de la nave, inutilizándola. Aunque pudiera alzar el vuelo, salir a la atmósfera exterior sería una sentencia de muerte.

¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo han esperado? No podía saberlo. Le vino a la cabeza el recuerdo de Dennis esperando pacientemente a que le diera de comer. *¿Incluso entonces? ¿Cuándo? ¿Los había controlado en algún momento?*

—¡Corran! —gritó Loew—. ¡A la refinería! —Se levantó y se puso en marcha sin saber lo que hacía, fuera de control.

Los Lobos estaban siendo rápidamente atropellados mientras el último transporte despegaba o intentaba despegar. Alertados por el sonido de los motores de la nave, los hidraliscos abrieron fuego contra el vehículo en fuga. A apenas seis metros del suelo, sufrió fuertes desperfectos y se escoró. Los hidraliscos siguieron atacando, con el silbido de sus disparos ahogando las armas de fuego. Cientos de púas impactaron en el casco. La tensión del despegue fue excesiva y la nave comenzó a abollarse. El morro se hundió y de la cabina de control salió una fuerte humareda.

Con los motores ajustados a toda potencia para escapar, la nave se estrelló contra el suelo, abriendo una zanja y chamuscando la zona antes de estallar en llamas. No habría evacuación.

Pero la explosión servía para cubrirse.

Loew corrió. Se sentía como si flotara, como si se abriera paso entre agua pesada o plomo. Detrás de ella se iban apagando los disparos.

Faltaban veinte metros para las puertas, quizás menos. Un grupo de colonos andrajosos la alentaba a ponerse a salvo.

Se oyeron chillidos a sus espaldas y el repiqueteo de garras sobre la piedra. Las criaturas se pusieron a ambos lados de ella tan deprisa que le pareció como si estuviera parada. Los hidraliscos avanzaron con un salto para caer sobre los desconcertados colonos, a los que trincharon. Ellos no eran soldados. No tenían nada que hacer.

Un puñado de hidras se paró delante de Loew y se dio la vuelta. Blandieron sus guadañas y sisearon con la boca bien abierta, roja y húmeda.

Ella se detuvo, sin caerse por poco.

El tiroteo a sus espaldas cesó. Solo quedaba el sonido de carne y huesos. Estaba rodeada. Su respiración estaba tan agitada como un gorrión en un alto horno.

Los zerg bajaron la guardia, garras hacia abajo, algunas aún empapadas. Los ojos de Loew recorrieron rápidamente cuanto tenía alrededor, pero ella no se movió. No giró la cabeza. Simplemente contuvo el aliento, tiesa como un palo.

Los zerg se fueron como uno solo, saltando o deslizándose. Pudo volver a respirar. No había ninguna explicación. Tal vez era suficiente que la última orden se hubiera cumplido. Tal vez se les había quedado grabada.

En cualquier caso, estaba a salvo. Tenía vía libre. Los zerg se habían marchado. Se permitió dar un paso hacia las puertas de la refinería. Tal vez hubiera un modo de pedir ayuda.

Pero no podía deshacerse del recuerdo de la lengua del hidralisco deslizándose entre sus dedos, tirando con rabia. Le entraron ganas de cortarse la mano ahí mismo para olvidarlo. El asco le retorció las entrañas como un nido de serpientes en eclosión. Su mano aún estaba húmeda, y le parecía que aquella sensación nauseabunda no desaparecería jamás, que nunca la abandonaría.

Detrás de ella se oyeron unas pisadas en la grava que la separaron de aquel pensamiento. Sabía cuál era el origen sin mirar. Era un hidralisco, con las placas de su estómago golpeando potentes contra el suelo.

Giró la cabeza muy despacio.

El sol refulgía en la placa de metal del cráneo de Dennis. Solo podía ser él. Miró a la doctora expectante, como si esta tuviera una bolsa de sobras de carne que pudiera lanzarle en cualquier momento si él se portaba bien.

Dio un bufido, impaciente esta vez.

—¿Dennis? —No podía creerlo. Pero por otro lado él había sido su primer sujeto y el de mayor éxito. Él sería el más leal. Sería el último en zafarse de su control.

Miró a las puertas de la colonia invadida y luego volvió a mirarlo a él. Tenía un color rosado a la luz de la media mañana, relajado pero no desprevenido.

Loew dio lentamente un paso hacia él. Tal vez podría rehacer su proyecto. Esto solo era un contratiempo. Pero ahora podría empezar de nuevo sin injerencias del Dominio. El OPP seguía vivo en él. Podría tomar lo que había aprendido y acabar con la amenaza zerg. Podría...

Los ojos de Dennis se estrecharon al levantar los brazos. No había ninguna prisa. Ella era blanda y no tenía defensas.

—No —susurró ella—. No, no, no. Tú no. Tú no.

Echó a correr, pero no era ni mucho menos lo bastante rápida para dejarlo atrás.

* * * * *

La Reina de Espadas concentró su atención durante un instante, yendo más allá de Char hasta llegar a las percepciones de sus niños de Thys. La concentró aún más, saboreando la emoción de la persecución mientras acompañaba al hidralisco.

Kerrigan podía sentir el viento cálido y vacío, oler la sangre de los caídos, paladear la agonía y el miedo de la mujer solitaria y estúpida que había querido quedarse lo que era de ella y solo de ella.

Aun así, la mujer le había brindado una oportunidad increíble. Sacrificar varios soldados de infantería por... ¿cuántos cerebros del Dominio? ¿Peones a cambio de alfiles y torres e incluso una aspirante a reina? Tan solo lamentaba no ver la cara de Mengsk cuando se enterara.

La Reina de Espadas disfrutaba del aroma que desprendía el miedo de la mujer, a tan solo uno o dos pasos de su antigua mascota. Decidió que dejaría a la falsa reina correr un poco más...

Pero solo un poco más.